



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Burbano, Felipe
Saber perder es democrático, aunque duela en el alma diálogo con Flavia Freidenberg
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 16, mayo, 2003, pp. 86-93
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901611>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

"Saber perder es democrático, aunque duela en el alma"

diálogo con Flavia Freidenberg

Felipe Burbano*

Flavia Freidenberg es una conocedora profunda de los partidos políticos ecuatorianos. Junto a Manuel Alcántara publicó en 2001 el libro "Los dueños del poder", un estudio muy revelador de los cinco principales partidos políticos ecuatorianos. Su tesis doctoral analiza las redes informales y la estructura de movilización de votos del PRE. Ha escrito, también con Manuel Alcántara, un texto reciente sobre el fenómeno regional en la estructura del sistema de partidos del Ecuador. Como profesora de Ciencia Política de la Universidad de Salamanca también participó en un estudio muy importante sobre partidos y sistema de partidos de América Latina. ÍCONOS aprovechó una reciente visita suya a Quito para dialogar sobre algunos de los tópicos de su investigación en América Latina y en Ecuador. Presentamos una versión resumida del diálogo mantenido:

Felipe Burbano: En los trabajos con Manuel Alcántara ustedes han destacado la continuidad de los sistemas de partidos en América Latina durante la actual etapa democrática. ¿A qué se refieren exactamente con la idea de continuidad? ¿Y cómo explicarla en medio de todos los cambios vividos por la región en estos últimos 20 años?

Flavia Freidenberg: Cuando nos planteamos nuestra investigación nos encontramos con que las Ciencias Sociales estaban muy escépticas en cuanto a los partidos políticos en América Latina. Nuestros colegas decían que íbamos a estudiar una hoja en blanco porque en América Latina no había partidos políticos, que lo que existía era otro tipo de organización política. Lo primero que hicimos fue entonces definir qué entendíamos por partidos y cómo observar si había o no partidos en América Latina. Revisamos la literatura y consensuamos que para nosotros partidos políticos eran aquellos grupos que competían en elecciones y que conseguían, a través de votaciones, ocupar cargos de representación popular. Para nosotros los partidos políticos son minisistemas políticos que tienen muchas metas, pero una de ellas es principal: buscar poder, cuotas de poder, primordialmente a través de las elecciones. Es una definición minimalista que la tomamos de Sartori. Vuelvo a tu pregunta inicial: ¿por qué creemos que hay continuidad? Hemos comparado los partidos que estaban en el inicio de la transición con los que están actualmente y nos encontramos con una paradoja: que en muchos países, por lo menos en 13, los mismos partidos que estaban en el momento de la elección fundacional de la transición, se encontraban en las elecciones de 2000. Entonces, lo que nosotros decimos es que hay una continuidad de la oferta partidista, que no tiene nada que ver con las percepciones de los ciudadanos

* Profesor-Investigador de Flacso-Ecuador.

hacia los partidos. Cuando nosotros hablamos de continuidad, hablamos de continuidad o estabilidad en la oferta partidista, y lo decimos porque lo vemos en el análisis de los datos. Por supuesto, los escenarios específicos varían según los países.

F.B.: ¿Significa esa continuidad que los partidos gozan de legitimidad, representatividad, a pesar de las constantes críticas a su desempeño político?

F.F.: Los partidos perviven porque los ciudadanos los apoyan en las elecciones...

F.B.: Pero ese apoyo se da porque los ciudadanos creen en los partidos, confían en ellos...

F.F.: En Chile, por ejemplo, los partidos han controlado en el período el 78.34% de los votos traducidos en escaños; en Honduras controlan el 95.50% de los escaños; en Uruguay el 97.97%. ¿Qué significa esto? Significa que los ciudadanos, en el momento de la elección, votan mayoritariamente por los partidos. En el momento de elegir, los ciudadanos, por más que discutan y desconfíen, van y votan por los partidos.

F.B.: ¿Por qué entonces los votantes se quejan tanto de los partidos y de la política?

F.F.: Porque normalmente a los ciudadanos les preguntamos el nivel de confianza en términos generales. Hay que hacer estudios más puntuales que expliquen este comportamiento de los ciudadanos. Ahí nos falta investigación empírica. Nos hace falta saber a qué se refiere exactamente esa desconfianza.

F.B.: Pero, ¿dónde radica el poder de los partidos políticos en América Latina? Con Manuel Alcántara escribiste un libro sobre los partidos políticos ecuatorianos que llamaron *Los dueños del poder*. ¿En dónde está el poder de los partidos políticos? ¿Cómo se reproduce ese poder?



F.F.: El poder de los partidos está en los votos. Hay dueños del poder porque hay ciudadanos que les dan ese poder. El problema es complejo. Ese señor que recibe el voto puede comportarse, por ejemplo, como cacique. El tema es que la democracia necesita volverse operativa y los partidos son uno de los mecanismos para lograrlo. El problema no es de la democracia o de los partidos sino de ese señor que utiliza mal el poder. Ahora, ¿qué hacemos nosotros como ciudadanos para controlar a ese señor que le dimos el poder? Las elecciones deberían ser el mecanismo para premiar a aquel que nos representó como corresponde o castigar a aquel que no nos ha representado. Lamentablemente, las elecciones no siempre funcionan como un mecanismo de rendición de cuentas en los sistemas políticos democráticos. Muchos confunden el verdadero papel de las elecciones, desestiman su importancia. Ese parece ser el caso del Ecuador, por ejemplo.

F.B.: Ya que topas el caso de Ecuador, me gustaría preguntarte qué implicaciones ves para el sistema de partidos el que en la última elección haya triunfado un candidato presidencial que salió de fuera de los partidos

F.F.: Yo estuve muy preocupada, muy, muy preocupada.

F.B.: ¿Qué te preocupa?

F.F.: Me preocupan los sentimientos antipartidistas que hay en Ecuador. Me preocupa que la gente crea que elegir a una persona por fuera de los partidos traerá la solución a los problemas del sistema político. La experiencia muestra que el colapso de los sistemas de partidos viene acompañado de profundos sentimientos antipartidistas, alta irresponsabilidad de las elites mientras gestionaban la política, rechazo de los ciudadanos en las elecciones a esas opciones partidistas y creencia en *outsiders* de la política. Y creer que estos *outsiders* remedian el problema de la política es ser ilu-

so. Perú y Venezuela son el ejemplo. Fujimori no se presentó a ninguna elección con la misma etiqueta partidista. Las organizaciones que respaldan a los *outsiders* no discuten la política, tampoco incentivan procesos de afiliación. Los líderes fundadores de Cambio 90 en el Perú me decían: “nosotros no necesitamos miembros, ¿quién mejor que yo, representa a los electores o a las personas de los pueblos nuevos, de las villas miseria? Yo si sé lo que ellos necesitan, yo voy y hablo y contacto directamente con ellos, esa es la verdadera democracia, yo no necesito miembros en los partidos”. Y yo me preguntaba: ¿cómo que no? ¿usted qué es? ¿un iluminado?. Estos procesos me hablan de iluminados, de depositar la confianza en personas que por no tener un partido son mejores y van a resolver

Las personas tienen necesidades básicas insatisfechas y el Estado no responde. Entonces, apelan a quienes pueden atender algunos de esos problemas. Allí se movilizan los partidos con su gente. Es un intercambio de favores por votos que al mismo tiempo permite sentirse parte de algo, de una familia, de un grupo.



tanto el problema de la política como los problemas sociales y económicos. Yo sinceramente estoy muy preocupada con que los ciudadanos crean en seres iluminados. Estoy convencida de la importancia de las instituciones como mecanismo de salvaguarda y respeto de los derechos de cada uno de los ciudadanos. Esos iluminados, creo yo, son un peligro para las instituciones. Se que tenemos muchas críticas respecto de cómo funcionan las instituciones pero sin ellas no hay ciudadanos, porque sin ellas no hay derechos.

F.B.: ¿Vez que la última votación en Ecuador ha golpeado al sistema de partidos?

F.F.: Aquí en Ecuador existen diferentes lógicas electorales y diferentes electorados en función de esas lógicas electorales. El mayor sentimiento antipartidista se

ha expresado en la elección presidencial. En la elección legislativa, en cambio, tenemos una lógica de sistema de partidos. Hay que ver bien lo que ha ocurrido en Ecuador. La gente está cansada de la irresponsabilidad, de la corrupción, de sentirse defraudada, harta de que muchos políticos hagan lo que quieran. Entonces, los ciudadanos van y eligen a uno que parece ser que va por fuera de los partidos. Sin embargo, en dos meses de gobierno, ha mostrado ciertos vicios iguales a los que se atribuían como exclusivos de los partidos. ¿Qué va a decir la gente de aquí a cuatro años? Ni partido ni éstos. Y entonces ¿cuál es la opción? Es lo que está pasando ahora en Argentina. La frase es “¡Qué se vayan todos!” Y si se van todos, ¿entonces quién va a gestionar la política? ¿Tú y yo?

F.B.: Dios nos libre. Ahora, ¿crees que los partidos ecuatorianos están en condiciones de recuperar su predominio en la votación presidencial?

F.F.: Tienen muchos desafíos. Primero, tienen que cambiar internamente, lo cual requiere de un cambio en la manera de hacer política, en la manera en la cual toman las decisiones, en la manera cómo se relacionan con los electores y cuánto respetan a esos electores; tienen que ser responsables frente a los temas que plantean. No puede llegar un señor después de estar dos meses en el gobierno a decirme que no sabía que el Ecuador estaba en crisis económica y debía firmar un acuerdo con el FMI. No me lo puede decir, porque yo soy electora, yo voté por ese señor, hizo unas promesas de campaña y yo le creí. Y entonces, ¿quién cuida mi calidad de elector? Los partidos también tienen desafíos en cuanto a democratizar internamente los procesos de toma de decisiones. Por ejemplo, si una directiva provincial elige a un grupo de miembros como representantes del partido en esa localidad, el jefe máximo nacional no la puede cambiar sin más. Esa democratización de los procesos internos les va a mostrar a sus seguidores que los partidos son más transparentes y que están más cerca de los ciudadanos. Se requieren cambios internos en los partidos porque está en peligro la perdurabilidad de un sistema político en sí. Si los actores siguen siendo irresponsables, si los ciudadanos no controlamos a los actores, si no utilizamos mecanismos innovadores para mejorar el funcionamiento de las instituciones, por supuesto que esto va a ir al caos total. Tiene que haber mecanismos internos de renovación de dirigencias, de control por parte de los ciudadanos respecto a cómo se toman las decisiones, de control por parte de los medios de comunicación y, por supuesto, mayor compromiso con el sistema político en su conjunto. El ciudadano tiene que exigir eso, no creo que la solución sea optar por modelos antipartidistas o, lo que sería peor, por modelos autoritarios.

F.B.: ¿En qué condiciones creerías que estos presidentes que salen de fuera de los partidos pueden provocar colapsos de los sistemas de partidos? ¿Cómo se dio el proceso en Perú y Venezuela?

F.F.: El riesgo está en que la desinstitucionalización del sistema de partidos se hace de manera institucionalizada; es decir, desde el Estado se manipula para desestructurar a los partidos. Fujimori atacó el sistema de partidos y lo terminó de liquidar desde el gobierno. Lo que ocurrió en este caso fue que se produjo un cambio en las preferencias de los ciudadanos, que luego provocaron una crisis general del sistema de partidos estimulada desde el mismo gobierno. Lo importante es analizar las circunstancias en las cuales se producen cambios profundos en la relación partido-ciudadano. Influyen factores internos de cada país pero también externos: la crisis económica, los escenarios políticos internacionales -por ejemplo, toda la crisis de la izquierda, del socialismo real-, la irresponsabilidad de los propios dirigentes, la inconsistencia entre lo que se promete en campaña electoral y lo que luego se hace desde el gobierno. Esta serie de elementos te generan crisis en el sistema de partidos, entendida como emergencia de movimientos antipartidistas. Ahora, sí vemos los datos, salvo algunas excepciones, no hay tal crisis; lo que hay es un descreimiento de la gente hacia los partidos, mucha bronca por no ser responsables frente a los ciudadanos.

F.B.: ¿Ves en el Ecuador el riesgo de un colapso del sistema de partidos?

F.F.: Todavía no, pero eso no quiere decir que no exista el riesgo. En el sistema de partidos ecuatoriano hay una cosa novedosa: ha sido profundamente democratizador e inclusivo, algo que no se ha dado, por ejemplo, en el sistema de partidos peruano, guatemalteco, mexicano. Me refiero a toda la articulación generada entre movimiento indígena, Pachakutik y sistema político. Es un elemento que para mí resulta alentador y esperanzador, incluso a

pesar de los sentimientos antiinstitucionalistas de algunos sectores del movimiento.

F.B.: Pero al mismo tiempo el movimiento indígena ha llevado la política más allá de los partidos.

F.F.: Pero terminaron conformando un partido político. Pachakutik es un partido político, es un grupo de personas que compite en elecciones y que hace que sus miembros ocupen cargos de representación popular. Para mí Pachakutik es un partido político, aunque emerja de una manera diferente a los partidos políticos tradicionales, e incluso aun cuando se comporte de manera distinta a ellos. Pero es un partido a través del cual el movimiento indígena participa en el sistema político. Eso no quiere decir, claro, que las elites o ciertas elites del movimiento indígena crean necesariamente que la democracia representativa sea la mejor forma de sistema político. Sin embargo, hay algo que les hace ver la necesidad de participar desde dentro del propio sistema. Pachakutik incluso es, en términos de partidos, uno de los mejor organizados, donde sus miembros participan más, con una capacidad de movilización directa, fuerte, mucho mayor que la de cualquiera de los otros partidos.

FB. ¿A través de Pachakutik hay la integración de sectores que antes estuvieron fuera del sistema político?

FF: Para mí, el fenómeno Pachakutik es un momento democratizador del sistema porque permite incorporar a sectores que políticamente no estaban incorporados. Dicho de otro modo, hay una línea de tensión (*cleavage*) de la sociedad ecuatoriana, aquella marcada por lo étnico, que ha sido incorporada al sistema de partidos y al sistema político. Una línea de tensión que ha logrado traducirse políticamente, lo que quiere decir que tras siglos de exclusión han surgido grupos u organizaciones políticas partidistas que logran expresar esos intereses antes solo latentes. El caso ecuatoriano muestra de un modo interesante

cómo se puede politizar una línea de tensión. Hay muchos elementos que se podrían señalar: cambios en el sistema electoral, derecho al voto a sectores que antiguamente no lo tenían, como es el voto facultativo a ciudadanos analfabetos a partir de la legislación de 1978; todas las políticas de reforma agraria y distribución de la tierra, con formas de propiedad comunitaria; están también los procesos de formación en educación bilingüe, la generación de una elite indígena; todos son elementos que han ayudado a que esa línea de tensión se comience a mover y a expresar en el sistema político. En 1996 se forma el movimiento Pachakutik; ese es el momento en que la línea de tensión se transformó ya en un eje que estructura la competencia de partidos. Con el *cleavage* étnico ha pasado algo muy distinto que con el *cleavage* regional. El corte regional sigue latente; si bien estructura internamente a los partidos, no hay partidos regionalistas; hay partidos de vocación nacional con apoyos regionales, que es una cosa muy distinta, pero no hay un partido de Manabí, de Cotopaxi, de Morona o de Guayas. Yo creo que cuando estos *cleavages* se traducen políticamente, y hay organizaciones o partidos que representan a esos grupos que se sienten históricamente excluidos, entonces se produce un efecto democratizador.

F.B.: Quiero volver sobre el poder de los partidos a través del voto ciudadano. ¿Cómo lo logran captarlo? ¿Solo a través de los procesos electorales? ¿O es que los partidos funcionan como redes más o menos permanentes? ¿Cómo se organizan para movilizar esos votos?

FF: Lo hacen de manera informal, no de un modo siempre visible. Son redes de contactos, relaciones, con determinados mecanismos para llegar hasta los ciudadanos, hasta los votantes. Lo hacen de modo permanente, sino sería imposible entender su eficacia. El Partido Roldosista Ecuatoriano, el Partido Social Cristiano tienen una red de relaciones internas, de gente que está constantemente en los sectores cuyo voto les interesa captar.

A través de esas redes movilizan recursos, hacen trabajo político, generan incentivos que les garanticen la movilización y la participación en el momento en que es necesario.

F.B.: ¿La eficacia de esas redes informales diluye la idea de crisis de los partidos?

F.F.: Mira, estuve en el Guasmo de Guayaquil con la gente que se siente roldosista y con la gente que se siente socialcristiana, y allí no hay crisis de los partidos. Estuve en Babahoyo observando la campaña del PRE y tampoco hay crisis. Estuve en Machala, en la Universidad, y no me encontré con esa situación. Tampoco en Chone ni en Montecristi. Menciono solo unos ejemplos. Lo que hay es una falta de presencia del Estado. Las personas tienen necesidades básicas insatisfechas y el Estado no responde; entonces apelan a quienes están en condiciones de atender algunos de esos problemas. Allí se movilizan los partidos con su gente. Es un intercambio de favores por votos, y que al mismo tiempo permite sentirse parte de algo, de una familia, de un grupo. La clave aquí es la ausencia del Estado para atender las necesidades básicas de los ciudadanos. En otros contextos, donde las necesidades básicas están más o menos satisfechas, las relaciones políticas se articulan en otra lógica.

F.B.: ¿Desde la perspectiva que señalas, encuentras diferencias entre los partidos de la costa y los de la sierra?

F.F.: No creo que sea una cuestión regional. Hay estudios de clientelismo en el suburbio

de Quito que muestran que allí se funciona con una lógica parecida. De todos modos, habría que hacer una investigación empírica comparada. He trabajado más en las zonas donde opera el PRE. Allí la gente siente que esos señores son sus protectores porque son los únicos que se acuerdan de ellos, no el Estado. Y la gente lo sabe,

no busca respuestas a sus problemas en el Estado, sino en otros lados. A mí me parece totalmente racional que la gente cambie un voto por la salud de su hijo.

F.F.: ¿Qué hace que un elector vote por un partido y no por otro si operan de la misma manera?

F.F.: Es una cuestión de familia. En las entrevistas que realice, les preguntaba: ¿Por qué usted vota por León y no por Abdalá? Una señora me explicó: “porque a mi

León me asfaltó la calle, entonces yo a León le voy a respaldar toda la vida”. El respaldo a León convierte a los otros en malos. Hay una relación amigo-enemigo muy fuerte; es decir, yo soy de uno y no soy de otro, punto. A no ser que el otro venga y me dé algo que supere con creces lo que significa ser de León. Pero hay también, por su puesto, vínculos con relación a valores. La gente también está relacionada con los ideales del líder, con lo que significa ese líder, ese liderazgo en particular. Hay subculturas políticas regionales (y estéticas) muy arraigadas en la mentalidad de los ecuatorianos.

F.B.: En un nivel la política es muy ineficiente, está muy deslegitimada, genera crisis de representación; y en otro es eficiente, construye lealtades, da respuestas aunque sean parciales a los problemas de la gente.

Las alternativas no vienen de Fujimori, de Chávez. Las alternativas tienen que venir de un repensar la forma cómo están funcionando las instituciones, y mejorar y controlar cada día más a esas instituciones. Los ciudadanos vamos, votamos y nos olvidamos de la política hasta los próximos cuatro años; eso no es democracia.



F.F.: Por un lado, aceptamos que la política es así y entramos en el juego clientelar, informal; pero, por el otro, decimos “no, es que la política tiene que ser otra cosa”

F.B.: Una especie de esquizofrenia...

F.F.: Sí, es eso, yo creo que hay una especie de esquizofrenia

F.B.: Volvamos a América Latina. ¿Hay una tendencia de los sistemas partidistas hacia el multipartidismo?

F.F.: América Latina es multipartidista.

F.B.: ¿Ha sido o se ha vuelto multipartidista?

F.F.: Las sociedades latinoamericanas son heterogéneas, complejas y diversas, y eso se traduce en una multiplicidad de fuerzas partidistas. Eso no quiere decir que no haya países donde los sistemas electorales contribuyen a generar una mayor oferta partidista. Pero creo que el multipartidismo es natural a la sociedad latinoamericana.

F.B.: ¿Pero no hay una lógica de la sociedad política, de los partidos, de sus líderes a provocar mayores fragmentaciones del sistema partidista?

F.F.: Creo que hay diferentes niveles de fragmentación. Hay una fragmentación natural; es decir, Ecuador es, por naturaleza, multipartidista porque hay múltiples intereses, hay múltiples grupos y eso se traduce en partidos. Ahora, también hay una multiplicación de partidos en Ecuador que obedece muchas veces a rivalidades personales, desafiliaciones, rupturas internas y que provoca una mayor fragmentación partidista. Allí el tema es cómo lograr arreglos institucionales para desmotivar la multiplicación de partidos. O en otros casos, el tema es cómo lograr que esos arreglos se cumplan allí donde existen. Entonces, si tienes un sistema multipartidista por naturaleza y, además, no se utilizan los

arreglos institucionales para evitar las fragmentaciones y la oferta partidista, ahí sí el tema se vuelve muy complejo. Si hay leyes que penalizan a las organizaciones partidistas que no cumplen con el porcentaje exigido para mantener el reconocimiento del Tribunal Supremo Electoral; entonces, lo único que hay que hacer es cumplir con la ley, y penalizar a esas organizaciones que no han tenido el apoyo de los ciudadanos en las urnas.

F.B.: ¿Sistemas multipartidistas y muy polarizados ideológicamente?

F.F.: Sí, aunque tendemos a estigmatizar la polarización. Normalmente creemos que es mala, que contribuye a la mala política, conduce a bloqueos institucionales, a falta de acuerdos, etc. Pero también la polarización muestra procesos de inclusión de actores que están fuera. Un sistema muy fragmentado y polarizado significa que todos los que tienen que estar están. Puede ser, por lo tanto, un indicador de que un sistema de partidos está bien. Podemos tener un sistema bipartidista, mínimamente polarizado, pero que no incluya a todos los que tienen que estar. Entonces, la polarización también puede suponer incorporación. La visión tradicional, a la Sartori, es que la polarización fuerte en un sistema multipartidista, en el cual muchos partidos se ubican en los extremos del campo ideológico, tiende a generar inestabilidad del sistema político, impide consensos y acuerdos sobre políticas de Estado, hace que las negociaciones nunca lleguen a buen puerto, hay mucha po-



Antonio Mena

lítica amigo-enemigo, mucha confrontación. Ecuador es un ejemplo. Yo no tengo una posición definitiva tomada al respecto aunque cada vez más creo que se debe pensar la polarización como un indicador de integración. En los últimos dos años han triunfado tres opciones de izquierda en América Latina, lo cual habla de la salud de los sistemas políticos. Creo que la democracia en América Latina puede estar tranquila y contenta de que ganen otras opciones ideológicas, ello habla de salud democrática. Que haya ganado Lula habla muy bien de la democracia brasileña. Ahora, el tema es cómo hacen esas fuerzas para gestionar la política de otra manera. Frente a ese tema hay dos problemas: por un lado, la coherencia de quienes fueron electos, si pueden cumplir lo que prometieron; y por otro, ciudadanos volátiles que no están muy seguros de lo que quieren, que cambian fácilmente sus preferencias.

FB. ¿Es importante que le vaya bien a Lula?

FF. Sí, sobre todo para demostrar que la democracia está bien. A mí me dolería mucho que a Lula le fuera mal no porque sea de izquierda, sino por el hecho de que entraríamos nuevamente en la inestabilidad y en la crisis de la política. Sería bueno que les vaya bien a otros que son de derecha. Lo importante es que los ciudadanos se den cuenta que la democracia es un procedimiento que no satisface todas las expectativas; que no responde a todas las demandas, pero es lo que garantiza que todos tengamos por lo menos cada cuatro años un voto, una voz. Los que vivimos en procesos autoritarios, o totalitarios, los que hemos vivido esos procesos, sabemos lo que significa no tener esa posibilidad de expresión. Los sentimientos antipartidos en América Latina me parecen muy peligrosos porque nos llevan a líderes o señores que prometen todo y que suelen ubicarse por encima de las libertades y garantías de la democracia, que atentan contra las libertades de los ciudadanos.

F.B.: Democracias directas, sin mediaciones institucionales...

F.F.: Sí. Hay gente que cree que el antipartidismo es mejor porque supone democracia directa. Pero en sistemas complejos, con múltiples intereses, la democracia supone el conflicto, no necesariamente consenso y está bien que sea así, porque si no estaríamos frente a una visión normativa, conservadora. La democracia pluralista significa conflicto; ahora, el conflicto hay que canalizarlo para poder resolverlo, negociarlo. Luego tiene que ver también con nosotros los ciudadanos. ¿Qué hacemos para que esa democracia representativa, pluralista, conflictiva, funcione mejor? Me preocupa por eso los sentimientos antipartidos e incluso ciertos sentimientos autoritarios en América Latina que suelen acompañar a la pérdida de credibilidad en las instituciones democráticas, en especial en los jóvenes. Las alternativas no vienen de Fujimori, de Chávez. Las alternativas tienen que venir de un repensar la forma cómo están funcionando las instituciones, y mejorar y controlar cada día más a esas instituciones. Los ciudadanos vamos, votamos y nos olvidamos de la política hasta los próximos cuatro años; eso no es democracia.

F.B.: ¿Crees que tienen aspiraciones democráticas las sociedades latinoamericanas?

F.F.: Quiero creer que sí. Yo creo que la sociedad latinoamericana es muy compleja. Por mi parte, soy profundamente democrática y soy latinoamericana, pero entiendo también que la historia muestra que hay sectores y grupos que no son profundamente democráticos; y ser profundamente democrático significa aceptar que uno pierde. Saber perder es ser democrático, aunque duela en el alma... Saber perder y respetar al que ganó es profundamente democrático... aún cuando afecte directamente nuestros intereses.